

D. JOSÉ ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA (1917-1995)

El 21 de agosto pasado falleció en Mérida D. José Álvarez Sáenz de Buruaga, D. José como lo conocíamos todos.

D. José fue el alma de la Arqueología emeritense desde su establecimiento en el Museo de Mérida en 1945 hasta su retiro en 1985. D. José «vivía» en la Iglesia de Santa Clara, que fue Museo durante tanto tiempo hasta la creación del nuevo, espléndido, original, que realizó el arquitecto Rafael Moneo. D. José y Santa Clara constituyen en mi recuerdo un conjunto entrañable, inolvidable. Las piezas del Museo, los capiteles, los relieves, las estatuas, las inscripciones eran allí tan absolutamente familiares, sobre todo para D. José, que formaban parte de su biografía personal. D. José las conocía todas, las encontraba todas y, sobre todo, hacía partícipes a todos cuantos las visitábamos de su conocimiento y su estudio.

La generosidad era una de las grandes virtudes de D. José. Generosidad con los investigadores, con los científicos. Recuerdo cómo una fría mañana de enero fuimos descubriendo y desempolvando los relieves de armas que luego publicaría Fabiola Salcedo (ver *Lucentum* nº 2, 1983, pp. 243 y ss.), o cómo me contaba las circunstancias de éste o aquel hallazgo. D. José era el cronista de Emérita, el sabio local, indiscutible, el punto de referencia para el investigador. Generosidad y sencillez, D. José fue calladamente recuperando el patrimonio de la ciudad, impulsando y vigilando las excavaciones y preparando eficazmente el gran Museo —su gran ilusión— porque su gran ilusión era Mérida (romana, visigoda, islámica, moderna, dieciochesca) y las Antigüedades de Mérida.

Afabilidad y amabilidad, en tantas ocasiones con

todos quienes solicitaban su consejo, su ayuda, su información. D. José fue, además, el gran impulsor de los estudios emeritenses porque animaba siempre y continuamente a su estudio.

Sus frutos se están viendo ahora, tanto en el Museo, donde su hijo José María Álvarez como director y su hija política Trinidad Nogales Basarrate y sus colegas y colaboradores, desarrollan una actividad investigadora y científica de primera magnitud, como en el Patronato de la Junta de Extremadura para las excavaciones y conservación del patrimonio que están renovando los estudios arqueológicos emeritenses de manera ejemplar, basta pensar en el barrio de Morerías o en la Basílica de Santa Eulalia.

La bibliografía de D. José da muestra también de otra, fundamental, vertiente: la de investigador. Su último libro, por ejemplo, «Materiales para la Historia de Mérida 1637-1939», Badajoz, 1994, resulta imprescindible para el investigador y sigue la tradición de Moreno de Vargas. Pero su interés fue desde los problemas de la fundación de la colonia hasta los acueductos, desde las primitivas basílicas emeritenses a los mosaicos, en una serie de artículos que sugeriría, desde aquí, que se publicasen todos en un volumen por su valor para cualquier estudioso de Mérida a través de su historia.

D. José era el alma de Mérida, de *Emerita*. Su pasión era *Emerita*, y supo transmitirnoslo. Recuerdo y agradecimiento son nuestro mayor tributo.

JAVIER ARCE

Escuela Española de Historia
y Arqueología, CSIC, Roma.